

Lucha armada y supervivencia: La influencia de la educación en el rol de la mujer en situaciones de guerra a través de la literatura

1. Introducción

Durante el proceso de documentación que Svetlana Aleksiéovich realizó para escribir el libro *La guerra no tiene rostro de mujer* observó que la voz masculina era la protagonista de la narración sobre los conflictos bélicos (Aleksiévich 2015: 13). Pero la guerra también la viven las mujeres y la perspectiva femenina abre la ventana a temas que van más allá de la descripción del conflicto y la estrategia militar. De este modo, en el conjunto de entrevistas que Aleksiéovich recoge en *La guerra no tiene rostro de mujer*, las mujeres reflexionan desde la vejez sobre el miedo, el deber, la adaptación a los cambios, la cotidianidad en la guerra y la juventud, en un entorno marcado por las políticas de género promovidas por el régimen comunista de la Unión Soviética. Wan-Seo Park en *Aquella montaña tan lejana* también habla de la guerra, la muerte, la supervivencia, el miedo y el hambre, pero desde un enfoque diferente, construido desde la perspectiva de una sociedad con raíces confucianas. Afloran temas como el respeto por la familia, la aceptación de las consecuencias de las decisiones tomadas y la contraposición entre tradición y modernidad.

Más allá de los géneros literarios utilizados por las autoras, el reportaje periodístico de Aleksiéovich y el testimonial o autobiográfico de Park, las mujeres que viven o han vivido un conflicto bélico expresan sentimientos comunes, pero muestran actitudes diferentes ante la guerra: las mujeres soviéticas que presenta Aleksiéovich no dudan de que tienen que ir al frente mientras que la protagonista de *Aquella montaña tan lejana* está atrapada por los lazos familiares. Así pues, a partir del análisis literario comparativo de dos obras escritas y protagonizadas por mujeres como son *La guerra no tiene rostro de mujer* de Svetlana Aleksiéovich y *Aquella montaña tan lejana* de Wan-Seo Park, el objetivo de este artículo es analizar la influencia de la educación recibida en la forma en que la mujer afronta situaciones de guerra y sus efectos sobre las relaciones de género. En primer lugar, se expondrá la actitud de las protagonistas de las obras ante la guerra. En segundo lugar, se estudiará la relación de esta actitud con la oportunidad de acceso a la educación de las mujeres que promovía el estado soviético en comparación al sistema educativo y la importancia de la familia en la sociedad coreana. Finalmente, se analizará el impacto en las relaciones de género dependiendo de la conexión de las mujeres con la guerra. Este trabajo pone de manifiesto que las mujeres en ambos contextos se ven encarceladas por estructuras heteropatriarcales que aparecen reflejadas de

Dra. Sílvia Martras Delgado

Licenciada en Química, Universitat Autònoma de Barcelona; Máster en Bioquímica y Biología Molecular, UAB; Doctora en Bioquímica y Biología Molecular, UAB; cursando actualmente Grado en Humanidades, Universitat Oberta de Catalunya.

distintos modos, pero con consecuencias compartidas, independientemente de las diferencias entre modelos educativos.

2. La actitud de las protagonistas frente la guerra

Con el objetivo de presentar la historia de una guerra más allá de la victoria y la estrategia militar, Svetlana Aleksíevich recoge, en *La guerra no tiene rostro de mujer*, entrevistas a mujeres soviéticas que participaron de manera activa en la Segunda Guerra Mundial. El libro fue publicado por primera vez en 1985 coincidiendo con el inicio de la *perestroika*. Diecisiete años después, la autora realizó una revisión, incluyendo partes censuradas y nuevos testimonios. Aleksíevich no está interesada en héroes y sus hazañas sino en los sentimientos de unas mujeres que se involucraron en una tarea humana que es inhumana (Aleksíevich, 2015: 14). Durante siete años, entre 1978 y 1985 Aleksíevich viajó por la Unión Soviética para constatar que muchas de las mujeres entrevistadas, que durante la contienda bélica eran jóvenes entre dieciséis y veinte años, habían tenido en común el deseo de ir a primera línea de fuego para defender a la Patria: «no veíamos el momento de ir al frente» (Aleksíevich, 2015: 46). Explican su lucha contra la familia y las autoridades para ser reclutadas a pesar de su juventud, ya que existía la norma de que una madre no se podía quedar sola; además se necesitaba mano de obra para trabajar en el campo y en las fábricas (Aleksíevich, 2015: 44, 83).

Por otra parte, *Aquella montaña tan lejana* de Wan-Seo Park es el relato de la experiencia de una joven que se vio atrapada en una guerra civil, la Guerra de Corea, iniciada en 1950 y oficialmente no finalizada. De hecho, la obra, que fue publicada en 1995, forma parte de un conjunto de títulos a través de los cuales la autora nos presenta, desde la madurez y partiendo de su experiencia personal, las consecuencias de la guerra sobre la familia. En concreto, en *Aquella montaña tan lejana*, Park relata en primera persona como fue obligada a afrontar la supervivencia con su cuñada como consecuencia de la enfermedad de su hermano. En medio de la incertidumbre del resultado de la guerra y el conflicto entre los miembros de la familia, la autora relata que «sólo estaba interesada en mí misma, en mi propia rabia, en la furia que sentía por momentos crecer en mi interior por haber permanecido aquí, en esta ciudad» (Park, 2003: 24). Por encima de bandos e ideologías, Park explica que su anhelo de que finalizara la guerra era para dejar de sufrir privaciones (Park, 2003: 53). La protagonista define la supervivencia como «el único asunto realmente importante cuando se está en medio de una guerra» (Park, 2003: 27) y recurre si es necesario a la mentira y al robo para comer. Park en ningún caso se planteó participar de forma activa en la guerra como las protagonistas de Aleksíevich porque «sería demasiado cruel e inmoral por mi parte abandonar a mi familia» (Park, 2003: 157).

La Segunda Guerra Mundial y la Guerra de Corea, los dos conflictos a los que se refieren las obras, acontecen en un marco histórico, cultural y físico sustancialmente diferente. La Segunda Guerra Mundial, que se desarrolló entre 1939 y 1945, fue un conflicto global donde se vieron involucrados prácticamente todos los estados independientes del mundo, voluntaria o involuntariamente (Hobsbawm, 1998: 32). En opinión de Hobsbawm, más que una guerra entre estados, la Segunda Guerra Mundial fue un enfrentamiento ideológico entre las fuerzas pro y antifascistas donde la alianza insólita y temporal del capitalismo liberal y el comunismo permitió hacer frente al avance del fascismo y salvar la democracia (Hobsbawm 1998: 17, 150). En cambio, la Guerra de Corea fue una guerra civil forzada por potencias internacionales en un contexto poscolonial. En 1945 Japón fue obligado a abandonar la península de Corea que fue dividida en dos: Corea del Norte bajo influencia

soviética y Corea del Sur bajo la esfera de Estados Unidos. En 1950 Corea del Norte invadió Corea del Sur con el apoyo militar de la República Popular de China iniciándose el primer conflicto armado de la Guerra Fría (Lew 2000: 27).

3. La influencia de la educación

A partir del postulado de Engels, el Estado soviético asumió la tesis de que la colectivización de los medios de producción conllevaría la igualdad total entre hombres y mujeres. Para ello, la familia y el trabajo doméstico privado tenían que dejar de ser la unidad económica de la sociedad en favor de una industria pública (Schwartz, 1979: 68). Asimismo, el cuidado y la educación de los jóvenes se convirtió en un asunto público y, de acuerdo con esta ideología abocada al trabajo colectivo con la inclusión de las mujeres, en la escuela se promovían una gran variedad de roles independientemente del sexo de los niños (Schwartz, 1979: 71). Desde este punto de vista se explica, en primer lugar, la respuesta de varias mujeres soviéticas a la pregunta sobre las motivaciones para ir a la guerra, haciendo referencia a un amor por la Patria que las predispone a actuar en la defensa de su país:

Mi padre era un comunista de toda la vida, en sus tiempos había sido preso político. Desde pequeños nos había enseñado que la Patria es lo más importante, que hay que defender la Patria. No vacilé ni un segundo: “¿Si yo no lo hago, quién lo hará?”. Era mi deber... (Aleksiévich, 2015: 68).

Así es como nos habían educado, nada debía ocurrir en nuestro país sin que nosotros fuéramos partícipes. Nos enseñaron a amar a nuestro país. Admirarlo. Si había empezado una guerra, nuestro deber era ayudar. (Aleksiévich, 2015: 233).

Yo siempre había creído... Yo había creído en Stalin... Había creído en los comunistas. Yo era del partido. Creía en el comunismo... Para ello vivía, había sobrevivido para ello. (Aleksiévich, 2015: 306).

En segundo lugar, la educación recibida también explica por qué las protagonistas de Aleksiévich desarrollaron en la Segunda Guerra Mundial toda clase de trabajos en el ejército, desde enfermeras y médicas a mecánicas, francotiradoras o pilotos. La consecución de estas metas profesionales, sin embargo, no estuvo exenta de dificultades porque en muchas de las historias vitales existe la presencia de un personaje masculino, normalmente superior jerárquicamente, que se sorprende u obstaculiza el acceso de las mujeres al ejército: «Son mujeres, no hace falta que estén en la línea de batalla» (Aleksiévich, 2015: 227).

En contraposición a la actuación de las mujeres soviéticas protagonistas de la obra de Aleksiévich, para entender la lucha de Park por la supervivencia hay que tener en cuenta, por un lado, que la escritora coreana se nutre en un sistema educativo completamente diferente del soviético y, por otro, el concepto de la familia y la importancia de los vínculos emocionales que recoge de manera reiterada la literatura oriental (Lyu, 2014: 7). A raíz del surgimiento del neoconfucianismo a finales del siglo XIII, la tradición confuciana comenzó a ejercer un mayor impacto en el pensamiento, la religión, los sistemas sociopolíticos y las formas de vida de Corea (Chung 2015: 35). En concreto, en el pasado estaba muy extendida la creencia de que la responsabilidad del gobierno solo podía recaer en una persona formada con años de estudios. Como consecuencia, la erudición era un ideal a alcanzar que se vinculaba con el poder; la educación formal estaba destinada a preparar a los

hombres para el servicio público. Asimismo, la tradición educativa coreana estaba muy influenciada por una consciencia de clase muy estricta, ya que se consideraba que la nobleza era hereditaria; era muy difícil ascender a una clase social superior. En el siglo XIX se introdujeron nuevos ideales democráticos y el respeto por el pragmatismo occidental. Como consecuencia, el conocimiento tradicionalmente ligado a una educación humanística se ensanchó hacia campos considerados menos nobles como la medicina, la ingeniería o las matemáticas. Las mujeres, que habían sido excluidas del sistema educativo, accedieron a la formación en escuelas privadas que ofrecían una educación de estilo occidental. Este hecho, que permitía a las mujeres empezar a tener una vida profesional fuera de casa y un medio de movilidad social ascendente, entraba en conflicto con los sectores más tradicionales de la sociedad coreana («South Korea»).

El respeto por la familia y la ética de piedad filial, valores destacados por el confucianismo, también se han relacionado con la importancia de la educación en la sociedad coreana. El sacrificio de la familia para dar una formación adecuada especialmente al hijo mayor, sobre quién recaía la responsabilidad de la familia y la sucesión, la esperanza de los padres de ser cuidados por los hijos en la vejez y la confianza en que la educación posibilitaba la obtención de trabajos mejor remunerados y el ascenso social son creencias tradicionales que han influido y continúan influyendo en la cultura coreana (Sorensen, 1994: 22, 25). Así, en opinión de Sorensen, aparte de la frugalidad y el trabajo duro, el bien para la familia constituye un elemento efectivo de presión parental para asegurar el éxito académico de los niños, lo que puede influir en la alta puntuación que los estudiantes coreanos obtienen actualmente en las pruebas del Programa Internacional de Evaluación de los Alumnos, motivo de orgullo nacional (Sorensen, 1994: 10, 11).

En *Aquella montaña tan lejana*, Park es una persona con estudios superiores, pero encapsulada por los lazos familiares. Las relaciones dentro de la familia estaban marcadas por el respeto hacia aquel que la sustenta económicamente y hacia los progenitores: «yo soñaba a menudo con rebelarme, pero no era capaz de encontrar un resquicio, un boquete, en ese tejido sentimental para poder evadirme» (Park, 2003: 43). La familia de Park, una familia acomodada antes de la guerra civil intentaba mantener los valores patriarcales tradicionales en un mundo que avanzaba inexorablemente hacia la modernidad. De este hecho se dio cuenta incluso la madre de Park, aunque no lo demostró ni en sus actos ni en la relación con su hija:

¿Quieres convertirte en una maruja, criar a los niños, cocinar y lavar la ropa? ¿Es eso lo que quieres? No tienes ni idea de cómo te he criado. Tú no eres como las demás chicas. Si sigues estudiando, podrás ser o hacer lo que te propongas (Park, 2003: 320).

4. Transformaciones de las relaciones de género

En *La guerra no tiene rostro de mujer*, Aleksiéovich muestra que, aunque la educación ideológica propulsó la intervención bélica, las mujeres soviéticas no obtuvieron ningún reconocimiento más allá de la guerra ni tampoco una situación real de igualdad de género. Durante el conflicto, sí se valoró positivamente la actuación de las mujeres como expresan algunas excombatientes: «¡las chicas volábamos y derribábamos a los ases de la aviación! ¡Así era! ¿Sabe?, los hombres nos observaban perplejos: éramos las aviadoras. Nos admiraban...» (Aleksiévich, 2015: 92). Pero son constantes las reflexiones en la obra de Aleksiéovich sobre las dificultades para acceder al ejército, el trato desigual y la carencia de material y ropa apropiada para las mujeres: «Nosotros, los oficiales profesionales, observábamos con cierto recelo cómo el sexo débil aprendía el arte militar, que desde

siempre se había considerado una tarea masculina» (Aleksiévich, 2015: 153). Después de la guerra, el gobierno soviético desmanteló las unidades de combate femeninas y la mayoría de las mujeres retomaron la vida civil (Alfonso, 2009: 33). Aleksiévich también deja patente las dificultades de este retorno y la diferencia de reconocimiento entre hombres y mujeres, ya que mientras que los hombres eran considerados héroes, las mujeres tenían que ocultar el hecho de haber luchado en la guerra para facilitar la adaptación a la cotidianidad: «si lo reconoces, después nadie quiere darte trabajo, nadie quiere casarse contigo. Nos lo teníamos callado. No confesábamos a nadie que habíamos combatido» (Aleksiévich, 2015: 146).

Los factores que explican la realidad de la mujer excombatiente en contraposición al objetivo no alcanzado por el Estado soviético de igualdad entre mujeres y hombres son múltiples. Aleksiévich muestra la experiencia vital en la guerra de unas mujeres muy jóvenes, que pertenecen a una generación educada plenamente dentro del sistema comunista. Pero todos aquellos de quienes dependen jerárquicamente son hombres mayores. Por este motivo a menudo se dirigen a ellas con palabras como «niñas» o «chiquillas», lo que marca un límite tanto generacional como de género: «Nosotras, claro está, nos enfadamos: ¿por quien nos había tomado? Habíamos venido a combatir. No nos estaba tomando por soldados, sino por niñas» (Aleksiévich, 2015: 46). Gorsuch defiende que las estructuras heteropatriarcales perduraron en el modelo soviético porque nunca se abolieron las asociaciones entre esfera pública y actividad política con rol masculino y esfera privada, es decir cuidadora de la casa y la familia, con rol femenino (Gorsuch, 1996: 638). De este modo, toda actividad política que realizaban las mujeres fuera de casa podía ser considerada sospechosa a pesar de la pretendida igualdad del Estado soviético (Gorsuch, 1996: 645). En opinión de Schwartz, la equidad entre sexos no fue una realidad porque, aunque la educación soviética ofrecía todo tipo de posibilidades a las niñas, se valoraba más los papeles femeninos tradicionales, el rol de madre y de cuidadoras, cosa que niños y niñas interiorizaban durante el proceso de socialización:

Soviet ideology justifying the primacy of the familial roles of women has a physiological tone, invoking the inherent qualities of the female condition. Femininity, feminine impulses, maternal obligations are natural to women, necessary for the good of society, and protected by Soviet society (Schwartz, 1979: 70).

Así, en la sociedad soviética convivían dos visiones de la emancipación femenina. Ante la visión oficial de la imagen de «nueva mujer» transmitida a la generación más joven de mujeres comunistas en la década de 1920,

«We shall be engineers, soldiers, inventors, artists-we shall beat you at your own game!». The "new women" of Soviet Russia did not want to spend their lives cleaning and cooking. «Is this life?» asked one, «No, life should be built on creative possibilities and not on the ancient structure of family happiness» (Gorsuch, 1996: 657).

Muchos padres se oponían a la participación de sus hijas en la organización juvenil del Partido Comunista,

not only because of their household responsibilities but because they did not see any reason why a girl should learn politics or participate in social work when her principal task was to learn how to care for the household and to raise children (Gorsuch, 1996: 641).

En el campo de la política, Lenin dio gran importancia a las mujeres como parte de la lucha de la clase obrera contra la opresión. Para los bolcheviques era esencial asegurar la unidad de la clase

obrero contra todos los factores segregadores tales como el género, la religión o la nacionalidad y, por lo tanto, abolieron inmediatamente todas las leyes que ponían a las mujeres en desventaja en relación con los hombres (Frederiksen, 2019). Así, se eliminaron todas las restricciones a la libertad de movimientos de las mujeres, la obligación de permanecer y seguir al marido allá donde fuera, la posición dominante del padre dentro de la familia, el concepto de hijo ilegítimo (para asegurar los derechos de los niños independientemente de las circunstancias de su nacimiento) y se reconoció el derecho de las mujeres a ejercer de cabeza de familia, así como el derecho al divorcio (Frederiksen, 2019). Pero Lenin también reconocía que las leyes no eran suficientes para conseguir una posición de igualdad de género:

Laws alone, of course, are not enough, and we are by no means content with mere decrees. In the sphere of legislation, however, we have done everything required of us to put women in a position of equality and we have every right to be proud of it. The position of women in Soviet Russia is now ideal as compared with their position in the most advanced states. We tell ourselves, however, that this is, of course, only the beginning (Lenin, 1919).

Era necesario, además, asegurar una formación tanto para los hombres como para las mujeres para revertir las estructuras heteropatriarcales que antes de la revolución colocaban a la mujer en una posición casi de esclavitud,

So few men –even among the proletariat– realise how much effort and trouble they could save women, even quite do away with, if they were to lend a hand in “women’s work”. But no, that is contrary to the “rights and dignity of a man”. They want their peace and comfort. The home life of the woman is a daily sacrifice to a thousand unimportant trivialities. The old master right of the man still lives in secret. His slave takes her revenge, also secretly. The backwardness of women, their lack of understanding for the revolutionary ideals of the man decrease his joy and determination in fighting [...]. Our communist work among the women, our political work, embraces a great deal of educational work among men. We must root out the old “master” idea to its last and smallest root, in the Party and among the masses. That is one of our political tasks, just as is the urgently necessary task of forming a staff of men and women comrades, well trained in theory and practice, to carry on Party activity among working women (Zetkin).

Aunque el auge del estalinismo supuso un progreso económico y permitió que muchas más mujeres se incorporaran al mundo laboral, también se produjo una regresión social muy notable que afectó especialmente a las mujeres como describen las testigos de Aleksievich. Stalin pensaba que una familia fuerte y estable aseguraría una sociedad más productiva. Incentivó la maternidad y dificultó el divorcio para aumentar la natalidad, indispensable para mantener la mano de obra útil tanto para los bienes de producción como para el ejército. Por lo tanto, Stalin, en su afán de control, reintrodujo la importancia de la familia como núcleo de la sociedad enfatizando el papel materno de la mujer (Frederiksen, 2019). Es decir, dio visibilidad a unas estructuras heteropatriarcales latentes, que no habían desaparecido nunca. De hecho, las transformaciones en las relaciones de poder de género son posibles porque se trata de relaciones culturales; en palabras de Stolcke, «las identidades sociosimbólicas que se asignan a las mujeres en sus relaciones con los hombres en la organización de la vida en sociedad, al ser culturales, son variables y, por lo tanto, aptas de ser transformadas» (Stolcke 2004: 78). Por otro lado, la familia constituye un punto de encuentro entre las obras de Aleksievich y Park. Así como la escritora coreana refleja la importancia de los vínculos familiares, las protagonistas soviéticas también describen la importancia de la figura materna y el regreso a casa. Aleksievich reconoce el papel de las mujeres madres y abuelas que no fueron al frente con frases

como: «en nuestra familia la heroína era mi madre. Ella los había salvado a todos. Salvó a la familia y salvó la casa. Su guerra había sido la más terrible» (Aleksiévich, 2015: 354).

En *Aquella montaña tan lejana*, Park muestra a través de las relaciones entre los miembros de la familia, su enfrentamiento con desigualdades de género tradicionalmente validadas por la sociedad coreana porque la cultura confuciana (Heisook 2009: 247), que valora en alto grado la lealtad y la obediencia, enfatizaba la supremacía masculina y la división del trabajo en función del género:

The functional differentiation between husband and wife is one of the fundamental relations in such a society. It requires the subordination of the wife to the husband, the son to the father, and the subjects to the rulers. The subjects are to show loyalty and devotion, the son fidelity, and the wife fidelity and chastity. This pattern is most obvious in family relations, as the younger generation is expected to adopt the customs and values held by the older generation. In propagating this male-female duality as the basis of the natural order and the nation's social structure, Confucianism subordinated women to men, assigned them to stereotypic social categories (filial daughters, dedicated mothers, and faithful wives who sacrifice to make their men great), and confined them spatially in the home's inner rooms (Chung, 1994: 490).

Como consecuencia, en el ámbito doméstico se instalaba un imperativo moral del deber que conllevaba la aceptación del papel de la mujer en un marco familiar jerárquico: «these values promoted “hierarchy without shame, a hierarchy that is self-conscious but without conscious abuse, without necessarily infringing on what it means to be human”» (Yoo, 2008: 18). Por otro lado, durante la ocupación japonesa entre 1910 y 1945 se promovió el acceso de la mujer a la educación, aunque sobre todo a niveles básicos. Se consideraba que las mujeres tenían que recibir una formación práctica para la vida cotidiana, que hiciera énfasis en el papel de esposa y madre. Aunque no se impedía a las mujeres estudiar a un nivel superior cualquier disciplina, sí se orientaba su educación hacia campos considerados femeninos como el mantenimiento de la casa, la costura y la artesanía (Yoo, 2008: 68, 70). Paralelamente cabe destacar la opinión de Heisook, quien sugiere que durante la colonización japonesa las mujeres coreanas experimentaron cambios drásticos en términos de modernización y conocimiento de su propia identidad: el nacionalismo les concienció de su potencial para realizar cosas para ellas mismas, para su familia y para su propio país (Heisook 2009: 248).

El término de la Segunda Guerra Mundial en 1945 significó el fin de la ocupación japonesa, aunque también la división de la península de Corea y posteriormente la guerra civil. Bajo la influencia norteamericana, Corea del Sur inició un proceso de modernización que conllevó el desarrollo industrial del país. Paradójicamente, los hombres coreanos no aceptaban el feminismo como parte de la modernización, porque pensaban que impedía el desempeño de las mujeres como madres, hijas sumisas y nueras obedientes e intentaron establecer valores patriarcales y tradicionales de acuerdo con valores confucianos (Heisook 2009: 248, 249). En opinión de Chung, la discriminación contra la mujer en la familia se extendía en la sociedad y se perpetuaba a través de la industria (1994: 496). El desarrollo del capitalismo en Corea propició el acceso de la mujer al trabajo en muchas industrias como medio para dar educación a los hijos, pero a costa de trabajar más horas y menos remuneradas en comparación con los hombres: «While many female workers sought to maintain the deep ties to their families out of filial loyalty, they blazed an untrodden path as “workers” and “unskilled labor”» (Yoo, 2008: 96). Las mujeres surcoreanas no iniciaron la lucha activa contra la nación patriarcal hasta los años ochenta, una época de gran convulsión política, marcada por los movimientos de protesta estudiantiles que reclamaban la democratización del país bajo el mando del presidente Chun (Heisook 2009: 249, Lew 2000:28).

Park, con su afán de construirse una nueva identidad basada en la libertad, representaba a las mujeres coreanas que aprovecharon las oportunidades formativas y que, a ojos conservadores, ponían en peligro la institución tradicional de la familia (Yoo, 2008: 80). Por otra parte, la decisión de Park de mantenerse neutral ante la disyuntiva de decantarse hacia el bando nacionalista o hacia el comunista, decisión que a la postre le permite sobrevivir a ella y a su familia, no respondió a un proceso irreflexivo que proviene de la ignorancia. Tampoco de la prohibición de entrar en combate que imponía el ejército coreano a las mujeres, las cuales optaban solamente a tareas administrativas y de apoyo (Kim, 2014). Más allá de frases tales como «me importaba un rábano lo que pudiera suceder después del cambio de régimen. Lo urgente era sobrevivir» (Park, 2003: 27), Park escondió una crítica encarnizada contra las ideologías que considera opresivas:

En ese ínterin Seúl permanecía libre, incluso de ideología. ¿Acaso para mi hermano, mutilado y rechazado por ambos bandos, nacionalista y comunista, ese estado de vacío, libre del yugo opresivo de la ideología, no concordaba con la imagen de su paraíso soñado? (Park, 2003: 18)

Además, la autora coreana cuestionó la legitimidad moral de los sistemas de pensamiento que no son capaces de asumir ninguna responsabilidad: «Me cuestioné la legitimidad moral de ideologías tan impías como estas, incapaces de asumir su parte de responsabilidad ante la muerte de individuos como mi hermano» (Park, 2003: 29). Park reivindicó el anhelo de libertad por encima de los lazos familiares y las circunstancias políticas, acercándose al pensamiento de Arendt quien alertaba del peligro de los totalitarismos y de las ideologías precisamente porque diluyen la capacidad de los seres humanos de asumir la responsabilidad de los sus actos: «the last century has produced an abundance of ideologies that pretend to be keys to history but are actually nothing but desperate efforts to escape responsibility» (Arendt, 1958: 9).

El acercamiento de Park al pensamiento de Arendt también se establece en relación con el reconocimiento hacia los demás, pero con un objetivo diferente. Park señaló que «iba recobrando el interés y la tolerancia necesaria que me permitiera ver a la gente como individuo (2003: 285)» como consecuencia del deseo de ser aceptada por su forma de ser. Este hecho suponía un paso indispensable para sentirse libre de los lazos familiares y de cualquier imposición social: «No quería pertenecer a nada ni a nadie. La presencia de los demás ya suponía para mí una forma de restricción. [...]. Quería batir las alas con libertad y alzar el vuelo». En cambio, para Arendt, aceptar y respetar las otras personas también es un paso necesario en el camino de la libertad, pero no solo a una libertad individual, sino a una libertad política que se erige como pilar de una sociedad justa e igualitaria:

[...] aceptar que existen distinciones singulares entre los seres humanos que deben ser respetadas, y que todos debemos ser reconocidos en igualdad de condiciones, con relación a las propias necesidades e intereses particulares [...] de manera que, sólo cuando los sujetos emergen en la arena pública y se encuentran entre iguales, entre pares, y deliberan sobre cuestiones del mundo común que les pertenece dejando atrás la dominación, aplicándose a emprender las acciones que concertadamente se han propuesto realizar, podrán ejercer lo que Arendt define como «poder», a saber, la capacidad que puede asumir un grupo que desee generar libertad para una mayor felicidad pública (Elvira y Kohn, 2010: 20)

El posicionamiento de Park contra toda ideología también es propio de la década de los noventa del siglo XX, momento en el que se redactó la obra y en el que se imponía la creencia en políticos prácticos capaces de procurar el bien común (Williams, 2015). Pero si se considera que Park partía de las vivencias personales para construir su obra, la preocupación de la escritora por la

preservación de los derechos fundamentales del pueblo (Park, 2003: 57) parece más fruto de una experiencia vital marcada por la guerra civil de su país, que no del entorno cultural, social y político de los años noventa.

5. Conclusión

A partir del análisis literario comparativo de dos obras escritas y protagonizadas por mujeres como son *La guerra no tiene rostro de mujer* de Svetlana Aleksíevich y *Aquella montaña tan lejana* de Wan-Seo Park, se ha analizado la influencia de la educación recibida en la forma en que la mujer afrontó situaciones de guerra y sus efectos sobre las relaciones de género en dos entornos históricos y culturales sustancialmente diferentes. Por un lado, el sentimiento nacionalista inculcado por el Estado soviético fue el motor que hizo que muchas mujeres soviéticas arriesgaran su seguridad sin dudar durante la Segunda Guerra Mundial. La educación ideológica recibida proporcionó a estas mujeres una opción para elegir como querían afrontar un conflicto bélico, sin desmerecer la valía de aquellas que decidieron mantener su estatus civil. Aleksíevich pone de manifiesto que intervenir de forma activa en la guerra, sin embargo, no facilitó la vida posterior de las mujeres, ni significó un reconocimiento ni un avance para diluir las desigualdades de género. Después del conflicto, el modelo educativo comunista reveló estructuras heteropatriarcales latentes de modo que fue posible olvidar la contribución de la mujer en el enfrentamiento bélico y promocionar su misión como sostén del estado soviético a través del papel de madre, imprescindible para asegurar la mano de obra y la productividad.

Por otro lado, ante Park no se presentó ningún dilema para afrontar la Guerra de Corea como combatiente o civil; de hecho, afrontó la guerra civil desde una aparente cotidianidad. La escritora coreana, a través del sacrificio de sus anhelos individuales en un entorno bélico, hizo visible la lealtad y la obediencia que se exigía especialmente a los miembros femeninos de la familia. A ojos conservadores, las mujeres que aprovechaban las oportunidades educativas, como Park, ponían en peligro la institución tradicional de la familia y por ello la reivindicación de los derechos de las mujeres en Corea se desligó hasta los años ochenta del desarrollo industrial del país, iniciado al término de la colonización japonesa. Park reivindicó el anhelo de libertad por encima de los lazos familiares y las circunstancias políticas, escondiendo en *Aquella montaña tan lejana* una reflexión profunda sobre las consecuencias de la imposición de cualquier ideología política. De este modo se puede establecer un paralelismo con el pensamiento de Arendt, quien alertaba del peligro de los totalitarismos y de las ideologías porque diluyen la capacidad de los seres humanos de asumir la responsabilidad de los sus actos.

Las historias de Aleksíevich y Park, a pesar de que transcurren en dos contextos históricos, culturales y políticos diferentes, ponen de manifiesto en ambos casos que las relaciones desiguales de género cambian en situaciones de guerra, pero no desaparecen, con independencia del compromiso patriótico y el esfuerzo bélico. Al finalizar la guerra, tanto las mujeres soviéticas como Park sufrieron el encorsetamiento en estructuras heteropatriarcales que intentaban limitar el rol de la mujer, independientemente de los modelos educativos: la educación recibida influyó en cómo afrontar la guerra, sin embargo, no comportó ningún cambio hacia la igualdad de género después del enfrentamiento bélico.

Bibliografía

- Aleksiévich, S. (2015): *La guerra no tiene rostro de mujer*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Alfonso, K. L. M. (2009): «The soviet female fliers of World War II». *Femme fatale. An examination of the role of women in combat and the policy implications for future american military operations*, Air University Press, <https://www.jstor.org/stable/resrep13932.8>, [13/03/2020].
- Arendt, H. (1958): *The origins of totalitarianism*. Ohio: The World Publishing Company.
- Chung, E.Y.J. (2015): *Korean Confucianism. Tradition and Modernity*. The Academy of Korean Studies.
- Chung, J.-S. (1994): «Women's unequal access to education in South Korea», *Comparative Education Review*, vol. XXXVIII, 4, 487-505, <https://www.jstor.org/stable/1189194>, [14/07/2020].
- Elvira, D. y Kohn, C. (2010): «Hannah Arendt: la vigencia de un pensamiento», *Revista Enfoques*. vol. VIII, 13, 11-30, <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3395834> [04/07/2020].
- Frederiksen, M. (2019): «Women before, during and after the Russian Revolution», <https://www.bolshevik.info/women-before-during-and-after-the-russian-revolution.htm>, [20/06/2020].
- Gorsuch, A. E. (1996): «'A woman is not a man': the culture of gender and generation in Soviet Russia, 1921-1928», *Slavic Review*, vol. LV, 3, 636-660, <http://sites.bu.edu/revolutionaryrussia/files/2013/09/2502004.pdf>, [10/05/2020].
- Heisook, K. (2009): «Feminist philosophy in Korea: subjectivity of Korean women», *Signs*, vol. XXXIV, 2, 247-251, <https://www.jstor.org/stable/10.1086/590977>, [13/03/2020].
- Hobsbawm, Eric. (1998): *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- Kim, Y.-H. (2014): «South Korea's sexist military», *The New York Times*, <https://www.nytimes.com/2014/03/06/opinion/south-koreas-sexist-military.html>, [24/04/2020].
- Lew, Y. I. (2000): *Brief History of Korea. A bird's Eye View*. Nueva York: The Korea Society, https://www.koreasociety.org/images/pdf/KoreanStudies/Monographs_GeneralReading/BRIEF%20HISTORY%20OF%20KOREA.pdf, [04/09/2021].
- Lyu, H. (2014): «Emotion and truth: A preliminary comparison of Chinese and Western literature», en Lee, J. T.-H. et al., *Reflections on literature: East and West*. Hong Kong: Global Asia Journal, http://digitalcommons.pace.edu/global_asia_journal/15, [27/02/2020].
- Lenin, V. I. (1919): «The Tasks Of The Working Women's Movement In The Soviet Republic», <https://www.marxists.org/archive/lenin/works/1919/sep/23a.htm>, [27/06/2020].
- Park, W.-S. (2003): *Aquella montaña tan lejana*. Madrid: Editorial Trotta.
- Schwartz, J. S. (1979): «Women under Socialism: role definitions of Soviet women», *Social Forces*, vol. LVIII, 1, 67-88, <https://www.jstor.org/stable/2577785>, [13/03/2020].
- Sorensen, C. W. (1994): «Comparative Education Review», *Schooling and Learning in Children's Lives*, vol. XXXVIII, 1, 10-35, <https://www.jstor.org/stable/1189287>, [13/07/2020].

- «South Korea. History & Background», *Education Encyclopedia of StateUniversity.com*, <https://education.stateuniversity.com/pages/1398/South-Korea-HISTORY-BACKGROUND.html>, [09/05/2020].
- Stolcke, Verena. (2004): «La mujer es puro cuento: la cultura del genero», *Estudios Feministas*. Florianópolis. Vol. XII, 77-105, <https://www.scielo.br/pdf/ref/v12n2/23961.pdf>, [14/07/2020].
- Williams, Z. (2015): «What the 90s meant: in with hedonism, out with believing in something», *The Guardian*, <https://www.theguardian.com/news/2015/sep/08/nineties-90s-in-hedonism-out-with-believing-something>, [09/05/2020].
- Yoo, T. J. (2008): *The politics of gender in colonial Korea: education, labor, and health, 1910-1945*. Los Angeles: University of California Press, <https://www.jstor.org/stable/10.1525/j.ctt1pnbrt>, [14/07/2020].
- Zetkin, C.: «Lenin on the Women's Question», <https://www.marxists.org/archive/zetkin/1920/lenin/zetkin1.htm>, [27/06/2020].